

rado, discreto y santo» (DINO COMPAGNI). Pronunció escomunion contra los autores del ultraje hecho á su predecesor. Nogaret fué á pedirle perdon en nombre del rey, y pocos días después moria envenenado el nuevo pontífice, al paso que el sueldo de Nogaret se habia elevado de quinientos á ochocientos francos.

No dispensó Felipe á los pueblos de los ultrajes de que habia colmado al pontífice; pero no fué con la misma impunidad. Diremos como se unió Flandes al reino. Los flamencos, pueblo modesto, se habian acostumbrado, luchando contra una naturaleza enemiga, al trabajo y á la constancia. Estraños á las ideas caballerescas y á las ficciones poéticas, eran honrados mercaderes, tejedores de sedas sólo de fabricar sus telas lo mejor posible, y venderlas con ventaja. Habian llegado en aquella época á gran prosperidad. Brujas era un vasto depósito de mercancías de todas clases; Gante comenzaba á mostrar el orgullo un poco rudo del mercader enriquecido, y nunca se pronunciaba el nombre de Holanda sin añadirle el epíteto de *la rica*. Pero si tenia las manufacturas le faltaban las lanas; si tenia soldados estaba desprovista de caballos; si comerciaba no tenia bajeles. Además, no constituia una sola nacion, sino una reunion de tribus y de ciudades rivales unas de otras, y donde reinaba la misma rivalidad entre las clases y oficios. En fin, pudiendo heredar las mujeres la soberania como los hombres, pasaba tan pronto á manos de un extranjero como de otro.

La mujer de Felipe se indignó del fausto con que salieron á recibirla aquellas comerciantes y cerveceras de Flandes, y exclamó: «Creí que sólo yo era reina, pero veo aquí seiscientas.» Felipe se propuso disminuir su orgullo y su bolsa. Pedro Flotte y Jacobo de Chatillon, conde de Saint-Pol, que les envió para gobernarlos, usaron de los espeditos más sutiles para sacarles dinero. En vano se quejaron; al parlamento nada le importaba, y los señores franceses, acostumbrados á tratar con insolencia á las gentes de sus concejos, débiles y desunidas, los aprisionaban. En tales casos, ¿qué queda fuera de la rebelion? Comprometieronse todos los ciudadanos á quitar la silla y bridas al caballero que alojaban, después en el momento en que se oyó tocar las bombardas, grandes como las campanas de Palermo, comenzaron á asesinar á los franceses, y á apresurar sus preparativos de

guerra. Esparcióse la noticia por el pais de que Chatillon llegaba con barriles llenos de sogas para ahorcarlos, y de que la reina habia recomendado, que cuando despachase los *cerdos* de Flandes, no olvidase las *cerdas*.

Batalla de las Espuelas.—Resueltos, pues, á batiirse hasta el último extremo, marcharon contra el ejército francés, llevando á su cabeza á Juan, conde de Namur, que ardia en deseos de vengar el encierro de su padre, Guido de Dampierre. Encontraronle en Courtray, donde en número de veinte y cinco mil artesanos, guerreros improvisados, tenían que luchar contra cincuenta mil hombres de tropas aguerridas. Pero animados por el patriotismo, se enardecen unos á otros, los caballeros echaron pie á tierra, enviaron sus caballos para no tener más ventaja que los demás, y crearon caballeros á los jefes de los gremios de oficios. Empeñóse la batalla, y los franceses fueron completamente derrotados. Fedro Flotte y el conde de Saint-Pol, fueron con otros muchos, muertos á golpes de maza, y cuatro mil pares de espuelas de oro, colgadas en la catedral de Courtray, atestiguan el sangriento triunfo de los flamencos.

Felipe habia perdido en esta jornada lo selecto de su ejército: habiéndose, no obstante, procurado dinero por varios medios, tomó á su sueldo galeras genovesas, y se adelantó contra ellos en persona. Fué vencedor á su vez; pero como *Uovian* flamencos, tuvo que resignarse á tratar con los insurrectos, y á devolverles al anciano Guido de Dampierre. De vuelta á Paris consagró en Nuestra Señora su estatua ecuestre, en reconocimiento, no de que habia conseguido la victoria, sino de que se habia escapado del peligro.

Necesitando los tesoros que esperaba sacar de Flandes, tuvo que buscarlos por otra parte. Principió por adulterar la moneda, asegurando que con sus bienes y los de su mujer resarciria los perjuicios á aquellos que la recibiesen; pero resultó de ello tal confusion, que el clero ofreció dos vigésimos del producto anual de todos los beneficios, á condicion de que se comprometiese á no recurrir más á este medio tan pérfido como duro. Lo prometió, pero muchas veces violó su promesa; y como después se negaban á admitir las monedas de baja ley, las recogia el tesoro, si bien por la tercera parte de su valor solamente, por lo cual se alborotó el pueblo (16). El rey desterró después á los judios

	Años.	Lib.	Sueld.	Din.	Franc.	Cent.
(16) Bajo Carlomagno y Luis el Benigno.	789	»	13	4	»	67
— Carlos el Calvo.	859	»	12	»	»	59
— Carloman.	878	»	13	4	»	67
— Hugo y Roberto.	995-1031	»	16	»	»	78
— Luis VII.	1158	2	13	4	2	64
— Felipe Augusto.	1207-1222	2	10	»	2	47
— San Luis.	1226	2	14	7	2	70
— Felipe el Atrevido.	1283	2	14	»	2	67
— Felipe el Hermoso.	1285-1311	4	6	4	4	27

para venderles, mediante gruesas sumas, el permiso de permanecer en el reino. Otra vez mandó que fueran prendidos todos, secuestrados sus bienes y entregados al tesoro sus créditos. No bastándole todavía esto, sus rentistas le indicaron el camino que debia seguir y sus abogados le facilitaron los medios.

Después de la muerte de Benedicto XI los cardenales vacilaron largo tiempo entre los Gayetani, que deseaban un papa italiano, y los Colonnas que lo querian francés. Habiendo sabido Felipe que Beltran de Got, arzobispo de Burdeos, habia sido propuesto en cónclave, le envió á llamar y le dijo: «Puedo haceros papa si me prometeis seis gracias; la primera, que me reconciliareis con la Iglesia; la segunda, devolvereis la comunión á mí y á los míos; la tercera, que me concedereis les diezmos del clero en mi reino por cinco años, á fin de subvenir á los gastos de la guerra de Flandes; la cuarta, que abolireis enteramente la memoria de Bonifacio; la quinta, que investireis con la dignidad cardenalicia á Jacobo y á Pedro Colonna, confirniéndosela tambien á ciertos amigos míos; tocante á la sexta gracia, os hablaré de ella en tiempo y lugar oportunos.» Persuadido el arzobispo de que le seria deudor de la tiara, prometió sobre la hostia lo que le pedia, y fué electo bajo el nombre de Clemente V (17). En vez de dirigirse á Roma invitó á los cardenales á coronarle en Lion, y desde este momento empezó lo que los italianos llamaron el cautiverio de Babilonia. Después de haber corrido de diócesis en diócesis con una multitud de familiares y cortesanos, Clemente V se instaló al fin en Aviñon, ciudad que pertenecia al conde de Provenza bajo la soberania feudal del Imperio.

Quizá el tratado mencionado más arriba no fué más que una invencion maligna, para motivar la baja complacencia manifestada por éste papa, quien otorgando los diezmos tanto á este como á aquél, los enriquecia con el dinero ajeno. Derogó la constitucion *Clericis laicos*: declaró que la bula *Unam sanctam* no era contraria al reino de Francia: nombró cardenales á doce hechuras de Felipe: medio seguro de perpetuar la servidumbre, y dió la absolucion á Nogaret. Un concilio que convocó fué encargado de formar proceso á la memoria de Bonifacio VIII, cuya condena hubiera sido la ruina del papado; pero este concilio, reunido en Viena, declaró que las inculpaciones no estaban fundadas, y se presentaron dos caballeros catalanes dispuestos á sostener la inocencia del pontífice con la espada en la mano.

Felipe cedió sobre este punto de rencor personal para obtener otro en que tenia más empeño, y en que tal vez consistia la gracia reservada. Ahora bien, una vez comprometido Clemente V en la afrentosa senda de las concesiones, hubo de encontrarse impulsado de una en otra á la peor de todas.

Templarios.—Las más antiguas de las provincias de Oriente en que se dividia la orden de los templarios, habian sido ocupadas por los musulmanes, escepto Chipre. Las de Occidente eran Portugal, Castilla, Aragon, Francia, la Auvernia, con Flandes y los Países Bajos, la Normandia, la Aquitania, la Provenza, Inglaterra, la Alta Alemania, el Brandeburgo y la Bohemia, la Italia, la Pulla y la Sicilia. En ellas tenia más de nueve mil encomiendas, tan ricas, que su producto se eleva á cerca de ocho millones de libras (esto es 112.000.000 de

	Años.	Lib.	Sueld.	Din.	Franc.	Cent.
— Luis el Hutin.	1312-1315	2	14	5	2	69
— Felipe el Largo.	1316	3	»	9	3	»
— Carlos el Hermoso.	1321	3	12	5	3	57
— Felipe de Valois.	1326-1350	6	15	11	6	72
— Juan I.	1350-1363	12	7	2	2	20
— Carlos V.	1364-1378	15	15	11	15	48
— Carlos VI.	1381-1421	9	8	5	9	31
— Carlos VII.	1422-1456	8	10	8	8	42
— Luis XI.	1465-1473	9	1	8	8	97
— Carlos VIII.	1488	11	»	»	10	86
— Luis XII.	1497-1513	11	10	»	11	35
— Francisco I.	1514-1543	13	1	3	12	90
— Enrique II.	1549-1556	14	16	6	14	65
— Carlos IX.	1565-1573	15	18	6	15	73
— Enrique III.	1575-1580	18	10	»	18	27
— Enrique IV.	1602	20	5	4	20	2
— Luis XIII.	1614-1661	24	11	8	24	27
— Luis XIV.	1670-1715	33	7	9	32	98
— Luis XV.	1715-1773	53	6	5	52	67
— Luis XVI, desde el año 1775 hasta el año II de la república.		53	9	3	52	80
Desde esta época hasta 1806.		55	1	4	54	39

(17) Villani, que refiere este absurdo diálogo, ¿estaba allí acaso? Ningun otro historiador habla de él, y el pueblo redujo á hechos las ideas que en lo sucesivo manifestó.

pesetas). De los treinta mil freires, la mayor parte eran franceses, y comunmente entre ellos era elegido el gran maestre, príncipe soberano. Mandábalos en guerra un mariscal y un gonfalonero; además tenía un gran prior cada provincia, de quien dependían otros priores y los comendadores. Cuando hubieron perdido el templo de Jerusalén (1187), escogieron otro menos expuesto en París, en el arrabal que todavía conserva su nombre (*le Temple*). Formaba una tercera parte de la ciudad, y tenía por habitantes á una porción de caballeros, de servidores, de empleados, de afiliados, sin contar á los que se refugiaban allí. En virtud de sus servicios habían alcanzado numerosos privilegios. Habíales emancipado de toda jurisdicción el papa, prohibiendo conferir ninguna encomienda por recomendación de reyes ó de señores. Alfonso el Batallador les había legado el reino de Aragón; liberalidad á que opusieron obstáculos los grandes. Poseían diez y siete plazas fuertes en el de Valencia. El mismo Felipe se había espesado respecto de ellos de este modo: «Las obras de piedad y de misericordia, la generosa liberalidad practicada en todo el mundo y en todos los tiempos por la santa orden de los templarios, fundada hace largos años por la autoridad divina; el valor de sus individuos, que importa escitar á un celo más activo é infatigable para la peligrosa defensa de la Tierra Santa, nos inducen á derramar nuestra real munificencia sobre la orden y sobre los caballeros, en cualquier lugar de nuestro reino en que se hallen, y á distinguir por un favor especial á este cuerpo á quien queremos tan sinceramente.»

Los privilegios y las riquezas de la orden inspiraron el deseo de ser admitidos en ella á los hijos segundos de las familias más distinguidas de Europa, no ya para defender á la Tierra Santa y á los peregrinos, sino para disfrutar de comodidades y abusar de ellas. Resultado de esto fué la corrupción de las costumbres. Suscitaban disturbios en la Palestina las rivalidades entre los templarios y los hospitalarios. Contrajeron alianza con el Viejo de la Montaña, dieron asilo á un sultan fugitivo; hicieron la guerra á los reinos cristianos de Chipre y de Antioquia; devastaron la Tracia y la Grecia, dispararon flechas contra el sepulcro de Cristo, y se negaron á contribuir al rescate de san Luis. Luego que la Tierra Santa cayó en poder de los turcos, quedaron inútiles y ociosos y se corrompieron en medio de las orgías, de los desórdenes contra naturaleza (18), que velaba el misterio, y que sus capítulos perdonaban bajo la forma de una confesión genérica; y cuantas más personas se unían á la corporación, se hacían más egoístas é insolentes. Como acontece en todo lo que es se-

(18) Se decía en Francia, *béber como un templario*; en Inglaterra, los mancebos gritaban: *Custodiate vobis ab osculo templariorum*.

creto, el pueblo exageraba sus iniquidades, y pasó con respecto á ellos de la veneración al temor, mirándoles con secreto espanto fomentado por las formas orientales con que rodeaban la iniciación.

La iniciación se hacía en sus iglesias de noche á puerta cerrada. Todo el mundo era excluido de ella, hasta el rey, como también los miembros inferiores de la orden, y representaban allí alguna casa análoga á los antiguos misterios de Eleusis; y así como en estas antiguas solemnidades se simbolizaba el paso del estado salvaje á la civilización, asimismo figuraban los templarios los cambios del hombre que pasaba del pecado á la virtud. El neófito debía primero renegar de la fe, blasfemar, escupir á la cruz. Se le introducía tres veces en el capítulo, donde por tres veces pedía el pan, el agua y la sociedad de la orden, y hacía tres votos: así también los caballeros observaban tres grandes ayunos al año, comulgaban tres veces y hacían distribuir limosnas tres veces á la semana.

Todo esto podía escandalizar al pueblo como impiedad y paganismo, y hacer creer que se revelaba entre ellos la doctrina de otra Iglesia, de que el templo terrestre no hubiera sido más que el símbolo. Se hablaba de gentes muertas por haber visto ó revelado un gran arcano, que se llamaba *bafometo*, cabeza espantosa, que figuraba el mal principio. Extrañas figuras esculpidas en sus iglesias proporcionaron ocasión de imputarles doctrinas gnósticas. Habiendo descubierto entre ellos varios escritores modernos algunos grados de iniciación, pretendióse ver en ellos el origen de las lógicas masónicas. Pero las acusaciones contra ellos, fueron en tan gran número, y la prueba se hizo por medios tan inicuos, que nos cuesta trabajo creer hasta lo que puede haber de verdad.

Al paso que el vulgo se espantaba de las enormidades imputadas á los templarios, los grandes, tan crédulos como el pueblo, les achacaban un pensamiento que hemos visto atribuido á otra orden poderosa, la de aspirar al dominio universal, instituyendo una república aristocrática que comprendiese toda la Europa, idea más probable por parte de caballeros armados, que enteramente dependían de un gran maestre. Pero su más real y peligroso crimen era su gran riqueza; y se repetía que habían traído de la Tierra Santa á Francia ciento cincuenta mil florines de oro y diez cargas de plata.

Felipe, que se esforzaba en consolidar la autoridad real, odiaba esta sociedad que se escapaba á su acción, que hacía alarde, en lugar de los espléndidos vestidos que había prohibido, de magníficas armaduras y de corceles árabes de gran valor. Odiaba á los templarios porque habiendo sido salvado por ellos una vez en un motin, les era deudor de un beneficio; porque se habían negado á recibirle en su orden, y á firmar la apelación contra Bonifacio; los odiaba, en fin, porque envidiaba sus riquezas de que tenía necesidad. Resolvió, pues, su pérdida, y esto á su modo, intentando contra ellos

un proceso criminal. Le ayudarían en su propósito las nuevas órdenes monásticas que los envidiaban, las viejas que tenían celos de ellos y los sofistas leguleyos, enemigos por naturaleza de los nobles y de los caballeros. Sus adeptos revelaron cosas sorprendentes. Sechino de Flexian, prior de Tolosa, condenado por ellos á prisión perpétua, huyó de ella y contó sus obscenidades y designios ambiciosos.

Santiago de Molay, su gran maestre, soldado valiente, lleno de lealtad, fué invitado por Clemente V á acudir á su lado, con el pretexto de combinar la reunión de los templarios y hospitalarios; pero habiendo tenido algunas sospechas de las imputaciones dirigidas contra sus caballeros, pidió una justificación jurídica. Después de haberle entretenido Felipe algún tiempo con buenas palabras, le hizo poner preso de repente, con todos los caballeros que se encontraban entonces en Francia, y sus bienes fueron secuestrados. Clemente V, que en vano había aspirado, con pusilánimes tergiversaciones, á sustraerlos de semejante procedimiento, se opuso entonces á que se siguiese, suspendiendo la autoridad de los inquisidores y jueces ordinarios. Pero los abogados le hicieron presente multitud de razones: se le aseguró que él mismo tendría que determinar sobre el proceso, y que los bienes secuestrados se emplearían en una cruzada, de tal manera, que Clemente autorizó las actuaciones. El rey de Inglaterra, que al principio se había opuesto á ellas, como un acto de avaricia, hizo después poner presos á los templarios en su reino. Cartas reales y sermones de frailes estendieron el odio contra estos caballeros, para justificar la iniquidad que con ellos se iba á cometer.

Felipe había, no obstante, reprobado anteriormente los procedimientos de la inquisición, principalmente el tormento, diciendo que la violencia del dolor no podía arrancar la verdad, y que el acusado debe estar preso *ad custodiam, non ad pœnam*. Entonces lo olvidó todo y se arrancaron centenares de confesiones con ayuda de una información rigurosa, dirigida por el dominico Guillermo Imbert. Envió el papa agentes para su comprobación; y habiéndolas confirmado los freires fuera del tormento, les dió la absolución y los recomendó á la clemencia del rey. Pero no quería éste los procedimientos eclesiásticos indulgentes y suaves; de consiguiente, escitó á los grandes señores á presentarse como acusadores. Molay exhibió los privilegios de su orden: novecientos caballeros se constituyeron en sus defensores, y se retractaron los que le habían acriminado. Se puso en claro la iniquidad del procedimiento y también se descubrieron los padecimientos de su prisión, donde se veían obligados á pagar el lugar en que yacían encarcelados, y donde necesitaban satisfacer el peaje del foso que atravesaban para ir al interrogatorio, así como al hombre que abría ó remachaba sus cadenas. Uno de ellos ha-

bia sufrido tormento tres veces, y permanecido seis semanas en un calabozo húmedo, á pan y agua: otro había sido colgado por las partes genitales: otro enseñaba dos huesos que le salían de los talones desde que le habían metido los pies en el fuego: otros revelaban los tormentos capciosos y no menos crueles del interrogatorio, repetidos en nuestros días y en Italia en los procesos de Estado en que la tortura está en desuso.

Entre tanto, en Rávena los caballeros eran declarados inocentes; lo mismo acontecía en Salamanca. En Alemania se presentaron armados de punta en blanco á los arzobispos de Tréveris y de Maguncia, declarando solemnemente que eran inocentes, y se hizo una declaración unánime de la inocencia de la orden y de la ilegalidad del proceso. Clemente V clamó que había sido engañado; y conociendo la debilidad de un pontífice residente en territorio ajeno, trató de apelar á la fuga; pero para asustarle, Felipe resucitó de nuevo el proceso de Bonifacio VIII. Acusaciones de todas clases fueron acumuladas sobre el difunto papa, lo mismo que sobre los templarios destinados á la muerte; y Nogaret, de rodillas, juntas las manos, insistía con sollozos y gemidos, invocando el honor de la Iglesia, el amor de la patria, todas las cosas más sagradas, para que el cadáver de Bonifacio VIII fuera desenterrado y quemado, diciendo que el Padre Santo estaba obligado á ello en conciencia. ¡Qué escándalo para la cristiandad, si hubiera sido condenada la memoria de un papa! Por evitarlo cedió Clemente V; y á fin de que Felipe no le hablara más del juicio de su antecesor, en lo demás le dejó libre (1309). Felipe de Marigni, á quien nombró arzobispo de Sens, presidió el sínodo de París, que condenó á la hoguera á cincuenta y cuatro templarios como relapsos, es decir, por haberse retractado de sus declaraciones, y fueron quemados á fuego lento (19). Otros nueve siguieron

(19) Este pasaje del proceso nos parece de una elocuencia terrible: «El mártir 13 de mayo, durante el interrogatorio de frey Juan Bertaldo, los comisarios pontíficos fueron informados de que se debía quemar á cincuenta y cuatro templarios. Encargaron al preboste de la iglesia de Poitiers y al arciano de Orleans, notario del rey, que dieran al arzobispo de Sens y á sus sufragáneos que meditaran bien el caso, difiriendo la ejecución, atendido que los templarios muertos en los calabozos, habían afirmado, por la salvación de su alma, que se les acusaba sin fundamento; que, si la ejecución tenía lugar, los comisarios no podrían continuar el procedimiento, hallándose aterrados los acusados hasta el punto de parecer locos. El 13 de mayo compareció ante los comisarios Emerico de Villars-le-Duc, rapada la barba, sin el manto ni la túnica de templario, de edad de 50 años, que había estado ocho en la orden como converso y veinte como caballero. Esplicáronle los comisarios los artículos sobre qué debía ser interrogado; pero este testigo, pálido, asustado, é invocando, si mentía, una muerte instantánea, como también ser tragado en seguida por el infierno en cuerpo y alma, dándose golpes de pecho y levantando las manos hácia el altar, postrado de